

EL NIDO DEL PICAFLOR CHAETOCERCUS BURMEISTERI ⁽¹⁾

POR

EMILIO BUDIN

Era ya la hora del descanso, el caer de una tarde tropical del mes de enero. Estaba yo sentado delante de mi toldo de campaña, como suelo hacerlo de costumbre después de las horas de trabajo. Observaba el continuo vaivén de las aves e insectos que, al morir el día, suele ser muy activo en esos meses de calor. Millares de loros de varias especies cruzaban el espacio en alegre algazara, en busca de los barrancos y árboles gigantescos que les sirven de refugio; tucanos de enorme, vistoso y anaranjado pico, volaban en bandadas alegremente uno tras otro, lanzando sus ásperos gritos de grac-grac; cientos de zorzales e innumerables especies de melodiosos cantores de esas selvas, desde las altas copas de los árboles, trinaban sus más suaves notas, despidiendo al sol, que bañado en oro y púrpura iba pronto a desaparecer en el Occidente, tras los altos picachos de la Cordillera.

De pronto, un zumbido característico que reconocí enseguida, atrajo mi atención: era un zumbido continuo, fácilmente confundible para los profanos con el producido por el ala de un gran abejorro o coleóptero de gran tamaño, pero que para el coleccionista tiene sin embargo un algo que no lo engaña. En efecto, rápido como un insecto, pasó este diminuto picaflor (*Chaetocercus*) que reconocí enseguida era una hembra por su aspecto tan distinto del macho. Y como estos pequeñísimos alados me son siempre interesantes, lo seguí con la mirada. El pajarillo desapareció tras un tronco de pino que crecía a unos metros frente a mi carpa. Pocos instantes después, oí nuevamente el zumbido y el pequeño picaflor volvió a desaparecer tras el árbol citado, que era algo grueso. Al cabo de unos instantes, por tercera vez, el animalito se dejó ver siguiendo la misma ruta; pero lo que llamaba mi atención era no verlo reaparecer del otro lado del tronco. Esto hizo nacer en mi espíritu una sospecha; con precaución, y tomando una posición más adecuada para conocer la ruta que seguía la hembra, no tardé

(1) Este nido, cuya fotografía va en la portada de esta entrega, fué descubierto en el Valle de los Pinos, a 1.500 metros sobre el nivel del mar, en el Departamento de Tarija, Bolivia, a 30 leguas al Este de la ciudad citada, sobre el camino que conduce de Tarija a Yacuiba, el 25 de enero de 1925.

en descubrir que al llegar tras el tronco levantaba el vuelo casi perpendicularmente y se perdía de vista entre las primeras ramas del árbol. Me acerqué aún más y pude observar, guiado por el particular zumbido, que a unos tres metros del suelo la avecilla suspendía el vuelo en seco, con una rapidez increíble, y como atajado por un objeto invisible, como suelen hacerlo las aves pertenecientes a esta familia — aunque el *Chaetocercus* lo hace con más perfección y más repentinamente que sus congéneres de mayor tamaño. Allí, volando en posición fija, como suspendida, se mantuvo unos segundos sobre una rama cubierta de líquenes y musgos, de unos cinco centímetros de espesor, hasta que, cerrando sus alas, se dejó caer perpendicularmente sobre la rama y desapareció como por encanto entre los musgos que la cubrían. Permaneció allí unos segundos y repentinamente, tan veloz que apenas tuve tiempo de percibirla, se levantó y desapareció entre la espesura de la selva. Con esta observación, no dudé un momento que había descubierto el nido del *Chaetocercus*, muy difícil de encontrar, pues a unos centímetros de distancia nada traiciona su presencia.

Decidíme, entonces, a trepar al árbol a fin de observar completamente la estructura y el contenido del nido. Desde una rama algo más alta que la ocupada por éste, examiné de cerca el lugar donde se había posado la avecilla. Con gran satisfacción, pude comprobar que no me había engañado, pues a unos ochenta centímetros de mis ojos, percibí entre los musgos y líquenes que cubrían enteramente la rama, una pequeña concavidad construida de manera que ni de abajo ni de costado, nada podía hacer vislumbrar la presencia de un nido. Esta pequeña concavidad, cuyos bordes sobresalían muy poco de entre los musgos, estaba tapizada de materiales sedosos extraídos de semillas y flores. El nido no había sido terminado y ningún huevo encontré en él. Estaba yo observando esta joya de arte, cuando reapareció nuevamente la avecita. Venía directamente a su nido, pero al llegar muy cerca de mí, advirtió mi presencia, y de un volido brusco, lateral, alejóse hasta una distancia de un metro cincuenta más o menos. Se mantuvo suspendida en el aire, sólo vibraban sus alas agitadas con rapidez increíble. Durante unos instantes me observó con indecisión, pero viendo mi inmovilidad, tomó confianza y de un volido diagonal se puso a cinco centímetros sobre su nido donde se mantuvo volando unos segundos, hasta que, cerrando sus alas, se dejó caer en pleno, dentro del nido donde desapareció casi totalmente, pues sólo sobresalía la corona de la cabeza desde la altura del ojo. Me observó un instante, conservando en su pico una telaraña, que luego se puso a acomodar en los bordes de su nido. La telaraña es un material muy usado por las pequeñas aves, sobre todo por los tiránidos, y sirve maravillosamente para fijar los palitos, plumas, hojas y todos los elementos usados por estos inteligentes animalitos en la construcción del nido.

Estuve aún un momento observando el vaivén del pequeño troquílido, que no se inquietaba en absoluto por mi presencia; bajé del árbol, pues era

tarde y ya los « cacuís » lanzaban sus gritos lastimeros de « caaacuui », en la penumbra del crepúsculo.

Al siguiente día trepé nuevamente al árbol; nada había cambiado; la hembra iba y venía, sin descanso, acarreando materiales para el nido que debía estar ya por terminarse, visto su forma casi perfecta. Durante el día ví pasar muchas veces el animalito delante de mi carpa, a cuya entrada encontrábame ocupado en mis preparaciones taxidérmicas; dos veces, durante ese día, el pajarillo pasó muy cerca de mi cara, a unos ochenta centímetros, mirándome con curiosidad, como si reconociera al intruso que tan a menudo osaba molestarlo.

Al tercer día, con gran alegría, encontré en el nido un diminuto huevo que el ave había depositado durante la noche. Era blanco, como los que ponen todas las aves que constituyen la familia de los troquilidos, de forma cilíndrica, de unos ocho milímetros de largo más o menos. Tres días después, pude contemplar el segundo huevo. Pasaron otros tantos durante los cuales estuve observando los movimientos de la ave, que había cobrado en mi presencia una gran confianza y erizadita, me contemplaba al mismo tiempo que acomodaba los bordes de su nido con toda tranquilidad. Así, observándolo durante tres días, pude notar que el pequeño picaflor, muy regularmente, cada quince minutos más o menos — yo verificaba el tiempo con el reloj — abandonaba el nido; se perdía con vertiginosa rapidez en la espesura, y regresaba a los tres o cuatro minutos. Esta costumbre de levantarse regularmente e interrumpir la incubación tan a menudo, se debe sin duda a la necesidad que siente el ave de alimentarse, pues ella sola es la que desempeña esta tarea. Hago esta afirmación, porque durante los ocho días que la he observado, no solamente no ha intervenido ningún macho, sino que tampoco ví alguno por los alrededores.

En cambio, he tenido oportunidad de ver en el lugar denominado Carlazo, a unas veinte leguas al Oeste de Pinos, en el mismo Departamento de Tarija, a un macho posado en las altas ramas de un arbusto, llamado ichivil, a cuyo alrededor iban las hembras a jugar. El macho, cuando ellas se acercaban, las perseguía en veloz carrera entre los ichiviles, y luego volvía a posarse siempre en su misma ramita. Esto me hace suponer que, una vez terminado el período amoroso, la hembra sola es la que se encarga de la construcción del nido y de la incubación de los huevos.

El día de la partida se aproximaba; decidí descolgar el nido para mis colecciones, lo que requería un trabajo no sencillo de ejecutar, pues corría el riesgo de deteriorar o romper los huevos, dada la situación del nido, su forma chata y la fragilidad del contenido. Para salir airoso de mi intento, tuve que treparme a una rama superior algo gruesa y allí sujetarme con un lazo, a fin de tener libres mis dos manos; todo ello con gran cuidado para no sacudir la rama algo delgada que sostenía el nido, pues cualquier sacudida hubiera hecho saltar los huevos. Después, valiéndome de una pinza, puse un trozo de al-

godón entre éstos y otro en la boca del nido, al que envolví enteramente, también con algodón; de manera que en cualquier vuelco que pudiera acaecer, nada se cayera. Serruché la rama, luego de atarla con una sogá, y la bajé en seguida con cuidado hasta que llegó a las manos de mi peón.

Sólo cuando estuvo en mi poder, tuve la seguridad de haber coleccionado el primer nido conocido de *Chaetocercus Burmeisteri*.

Los huevecillos de esta ave son tan frágiles que no me atreví a tocarlos para vaciarlos, ni creo que coleccionista alguno pueda conseguirlo. Con mucho sentimiento destruí este pequeño nido de amor y a no ser en nombre de la ciencia, nunca se me hubiera ocurrido hacerlo.

LA LIGA PAN AMERICANA PARA LA PROTECCIÓN DE LA NATURALEZA

(Propuesta presentada al Congreso Científico Panamericano de Lima)

POR

HUGO SALOMÓN

La fauna del mundo entero y por ende la de América del Sud está, desgraciadamente, en vías de extinción. Algunos ejemplos, referentes a países sudamericanos, ilustrarán acerca de la intensidad de tal destrucción.

En 1900 el continente sudamericano suministraba tres millones de nutrias, en 1908 un millón y en 1910 seiscientos mil.

La exportación de chinchilla peruana a Londres ascendía, en 1857, a 53.956 pieles, en 1864 a 39.146, en 1908 a 11.578 y en 1910 a 9.903.

El Cónsul inglés en Venezuela comunicaba, antes de la guerra, que en un solo año habían sido sacrificadas en esta nación 1.538.000 aves, en su mayor parte garzas de las orillas del Orinoco.

Según Kaeflein, un comerciante londinense importó, en un período muy corto, antes de la guerra, 400.000 colibríes, 360.000 pájaros del Brasil y 248.000 de las Antillas.

Sobre la extinción de las ballenas y de las focas, mi amigo, el zoólogo suizo Paul Sarazin, dijo en el año 1914 en un memorial dirigido a la Comisión Internacional para la protección de la naturaleza del mundo (18 de noviembre de 1913, en Berna): « Después de haberse inventado la factoría flotante para fundir grasa y aceite, la caza — al servicio del capital — ha puesto pie al camino de la destrucción. La ambición de los grandes dividendos sembró los mares de factorías flotantes, y con el fin de convertirlos en moneda